

La Opinión Jesucristo y el paganismo

P. MIGUEL SELGA S.J. 12 Octubre 1952

Hace veinte siglos obrábase en el imperio romano, bajo los auspicios de Octavio, una vasta restauración religiosa de estructura estatal. Vacíabase el erario público en la reconstrucción y embellecimiento de los templos: imponíase a las familias nobles la obligación de restaurar sus santuarios particulares: multiplicábanse los colegios sacerdotales; limbábase la dignidad de los ministros del culto con nuevos honores y evolumentos. Concedíase a la religión una situación de privilegio en el orden civil y político: dioses en la falía, en la ciudad, en el imperio, dioses que presidían los actos culminantes de la vida; dioses en las selvas y en los campos, que protegían las cosechas y aseguraban las victualias al pueblo: dioses en el ejército, dioses en la proa de las triremes, dioses en el senado, que garantizan la derrota de los enemigos, la hegemonía de los mares, la incolumidad del imperio: todos ellos con culto oficial que se identifica con el ejercicio de una función civil sin que fuera hecho lícito eliminar ninguno de ellos y mucho menos sustituirlo por un nuevo dios, cuyo culto no llevara el control del poder del Imperio. I sobre esta vastísima red de dioses y de cultos, de doctrinas peregrinas arraigadas profundamente en las costumbres populares se proyectaba la sombra augusta del Cesar, partícipe de la naturaleza peculiar, solidarizándose de esta

divina y a quien en vida y en muerte se honraba con culto esmerado el poder del imperio con el de la religión oficial que por ello se hacía inaccesible a toda influencia de las religiones extrañas. Quien repudiaba a alguno de los dioses oficiales o admitía una divinidad forastera era reo de lesa divinidad.

Ante este sistema religioso resplandeciente por el orgullo de la nación más poderosa de la tierra, enfrentase el Cristianismo, anunciado por unos hombres sin prestigio, ocultos pescadores del mar de Galilea, que exigen so pena de condenación eterna la fe en un solo Dios, con un culto único, y proclaman un poder espiritual totalmente independiente del poder civil en el ejercicio de la autoridad religiosa y prescriben una conducta totalmente contraria al desbordamiento de la pasión y del instinto.

En esta incompatibilidad radical del Cristianismo con el paganismo, este cede paulatinamente su lugar, a pesar de defenderlo las leyes y las armas, y al cabo de tres siglos la palabra *romandad* es sinónima de cristiandad. Contra los Cesares, contra el sacerdocio pagano, contra la filosofía y las leyes, contra el peso del alma retenida en el vicio por la misma inmundicia de la conciencia pública, deformada por siglos de corrupción, el Cristianismo redimió el pensamiento y corazón de las multitudes, orientó el imperio

en el sentido de Jesucristo, y elevó aquella civilización a la luz admirable del Verbo de Dios. Lo que no fue capaz de hacer en los paganos esta inmensa claridad que brilla en la creación entera, logró la predicación de unos hombres oscuros, fortalecidos con el poder de Jesucristo crucificado. Es cierto que esta expansión casi fulminante del Cristianismo en el seno del Imperio Romano y más allá de sus confines produjo una reacción formidable contra el Dios crucificado que había aparecido frente a los dioses del imperio y reclamaba la unicidad de fe, amor y adoraciones.

Es cierto que con aprobación de los Cesares corrió la voz de: ¡Mueran los cristianos! Es cierto que el saber, en Roma que las ciudades y campos de algunas provincias estaban llenos de la nueva religión decretó Septimio Severo la búsqueda, acorramiento y exterminio de los cristianos. Es cierto que los leones desgarran los cristianos del Coliseo, pero por cada uno que cae muerto entran mil que profesan la fe en el crucificado.

Desde las aulas de los palacios de Roma sube al cielo el aroma de la virginidad angelical de Ines, salpicada con la sangre del martirio. Si se prohíbe el culto al aire libre se excavará una ciudad subterránea, en cuyas catacumbas los cristianos celebrarán los actos de culto, se reunirán en místico agape y venerarán en unión de amor la memoria de aquellos que derramaron su sangre por Jesucristo. El imperio romano bambolea: el emperador Decio prefiere que se le hable de la aparición de un competidor que de la elección del obispo de Roma. I los martires bajan a la arena a dar testimonio de la fe y doctrina de Jesús. Son millones, de todo estado y condición, de toda edad y jerarquía: millones de vidas que serenamente, concienzudamente con valor intrépido, se han rendido ante Jesucristo. La fuerza de Dios renova la faz de la tierra, aunque al empuje de este Espíritu renovador sucumbiera al cabo de tres siglos de lucha única en la historia el formidable poder de los emperadores romanos. Santos y genios: apóstoles que aprendieron de Jesús la doctrina y el amor que predicaron por toda la tierra: mártires que lavaron sus estolas en la sangre del cordero: vírgenes que en el Corazón de Cristo Virgen hicieron el nido de sus castos amores: sacerdotes y confesores que de Cristo recibieron la unción del poder y de la gracia. No hay sociedad humana que pueda compararse con el Cristianismo de institución divina.